

TEMPLO HERMANA TERESA

TEMPLO HERMANA TERESA
CRISTIANO

"Justicia"

06/12/2025

“Justicia”

Queridos hermanos y hermanas.

Hay frases que no solo definen un pensamiento: definen un destino. En esta Ceremonia de hoy vamos a reflexionar respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“La verdad es la luz que ilumina el camino hacia la justicia”.

Es una frase que, pronunciada en voz alta, resuena en lo profundo del alma, como si cada sílaba llevara el eco de algo eterno. Porque la verdad —esa fuerza silenciosa, serena y a la vez poderosa— es la que nos permite ver el mundo tal cual es, pero también vernos a nosotros mismos tal cual somos. Y nadie camina hacia la justicia sin antes atravesar el sendero luminoso de la verdad.

La verdad es un faro. No empuja, no grita, no obliga. Simplemente ilumina. Y en esa luz, las cosas se revelan: lo que sirve y lo que sobra, lo que edifica y lo que destruye, lo que eleva y lo que hunde. La verdad no necesita adornos; su grandeza radica en que es lo que es. Y justamente por eso cuesta tanto aceptarla: porque nos muestra sin filtros, sin máscaras, sin disfraces y sabe defenderse sola.

La justicia, en cambio, es un destino. Pero ese destino no se alcanza por inercia. No se llega a ella arrastrado por la corriente de los días. La justicia se elige, se busca, se construye. Y para caminar hacia ella, uno necesita luz. Porque a oscuras, cualquier

paso puede ser un tropiezo; cualquier sombra puede confundirse con un obstáculo verdadero; cualquier murmullo puede parecer una verdad que no lo es.

Por eso la verdad y la justicia no se separan. No hay justicia sin verdad, y no hay verdad que no guíe hacia un modo más justo de vivir, de actuar, de pensar, de sentir.

La verdad tiene una cualidad que incomoda: empieza por casa. Antes de apuntar hacia afuera, nos ilumina por dentro. Nos revela nuestras dudas, nuestras contradicciones, nuestras inseguridades, nuestras intenciones no dichas. Nos muestra aquello que no queremos ver, pero que necesitamos ver para crecer.

El alma busca la verdad, incluso cuando el ego quiere evitarla. Y es en ese conflicto interno donde muchas veces se define el rumbo de una vida. Porque vivir en la verdad requiere valentía: valentía para reconocer errores, valentía para pedir perdón, valentía para soltar lo que ya no debe seguir, valentía para enmendar caminos, valentía para decir “esto no está bien”, valentía para decir “esto sí vale la pena”.

La verdad es incómoda, pero también es liberadora. Nos saca un peso de encima. Nos alivia. Nos ordena por dentro. Y cuando el alma se ordena, la vida también empieza a ordenarse. La verdad trae paz, aunque su primer impacto pueda doler.

La verdad es como la luz de la mañana que entra por la ventana

después de una noche difícil: al principio molesta, pero después agradeces que haya llegado.

La palabra “justicia” muchas veces se asocia al afuera: a leyes, normas, decisiones, castigos o reivindicaciones. Pero su raíz más profunda está adentro. La justicia es, antes que nada, un estado del alma. Es la armonía entre lo que uno piensa, siente, dice y hace. Es la coherencia entre lo que se pregona y lo que se vive. Es tratar a los demás como uno espera ser tratado. Es no hacer daño con intención. Es no negar lo que es evidente. Es no ocultar lo que debe salir a la luz.

Y cuando uno vive desde esa justicia interior, la justicia exterior empieza a tener sentido. Uno ya no busca “ganar” una discusión, sino comprender. Ya no busca imponer, sino construir. Ya no busca tener razón, sino ser honesto. La justicia interior te vuelve firme, pero no rígido; comprensivo, pero no ingenuo. Te vuelve humano, profundamente humano.

La justicia que nace de un alma en verdad es una justicia que no humilla, no aplasta, no destruye. Por el contrario, edifica, sana y restituye. Porque la justicia que no se alimenta de verdad termina siendo venganza, enojo o revancha disfrazada. En cambio, la justicia sostenida por la verdad es justicia que repara. La verdad ilumina. Y esa luz revela el camino. Y cuando uno ve el camino, aparece la justicia. Es un círculo perfecto.

Sin luz, no hay rumbo. Sin rumbo, no hay camino. Sin camino,

no hay justicia.

La vida siempre nos pone en encrucijadas. Caminos que se bifurcan. Momentos donde tenemos que decidir. Situaciones que nos exigen posicionarnos. Y cuando esas decisiones se toman sin verdad, inevitablemente se desordenan y terminan volviéndose en nuestra contra.

La verdad clarifica. La verdad te dice dónde estás parado. La verdad te dice qué es lo correcto, incluso cuando lo correcto cuesta. La verdad te dice a quién tenés que acercarte y de quién tenés que alejarte. La verdad te dice cuándo hablar y cuándo callar. La verdad te dice cuándo insistir y cuándo soltar.

La verdad es la brújula que nunca falla.

Buscar la verdad es un acto profundamente espiritual porque implica aceptar que hay algo más grande que nosotros mismos. Algo que no se manipula, que no se compra, que no se negocia. La verdad es una manifestación de lo sagrado que hay en la vida.

Cuando uno se acerca a la verdad, inevitablemente se acerca a la luz interior. Y cuando se acerca a la luz interior, inevitablemente se acerca a la justicia divina de Dios. Y la justicia es, en esencia, la expresión de aquello que está en orden con lo divino.

Vivir en la verdad es un modo de honrar la vida. Es un modo de honrar al prójimo. Es un modo de honrar lo que creemos. La verdad nos alinea. Nos hace más íntegros. Nos acerca al

propósito. Nos devuelve la dignidad. Nos recuerda que el alma, cuando es fiel a sí misma, es luminosa.

Permítannos compartirles una historia para ilustrar estas palabras:

Cuenta una antigua historia que en un pueblo pequeño, rodeado de montañas, vivía un hombre llamado Juancito. Era un hombre humilde, trabajador, y dueño de una virtud que todos reconocían: siempre decía la verdad, aunque eso le costara complicaciones. La gente lo respetaba, pero algunos también se burlaban de él por su “terquedad” en no ocultar nada.

Una noche, una tormenta inesperada azotó el pueblo. Vientos fuertes, lluvia intensa, y un apagón total dejaron a todos en completa oscuridad. Las calles, los cerros y los caminos quedaron invisibles. Las casas se volvieron silenciosas, y el miedo se adueñó del aire.

Juancito que vivía en las afueras, tomó una vieja linterna que había heredado de su abuelo. Era una linterna simple, artesanal, pero siempre iluminaba con una luz firme. Cuando salió al patio, vio que muchos vecinos estaban desorientados. Algunos gritaban buscando a sus hijos; otros tropezaban sin saber hacia dónde ir; otros se quedaban paralizados sin atreverse a dar un paso.

Entonces Juancito hizo algo simple: levantó su linterna y dijo:

—Vengan, caminen conmigo. Yo sé el camino al centro del pueblo.

Las personas, sin ver nada más que esa pequeña luz en medio de la tormenta, comenzaron a seguirlo. Y esa luz, aunque no era fuerte, les alcanzaba para dar un paso seguro, y después otro, y después otro.

Cuando llegaron al centro, encontraron al resto del pueblo. Había caos, había preocupación, había confusión. Pero también había una luz: la linterna de Juancito.

Con esa misma luz, Juancito guio a los vecinos hacia los lugares más seguros, ayudó a los ancianos a cruzar, tranquilizó a los niños, buscó a los que faltaban. Y algo curioso comenzó a suceder: otros empezaron a encender sus propias linternas, velas o lámparas. La luz empezó a multiplicarse. Cada pequeño destello sumaba claridad.

Cuando finalmente amaneció, la tormenta había pasado. Pero en el pueblo quedó algo más que el recuerdo del viento y la lluvia: quedó la certeza de que una sola luz, sostenida con firmeza, puede guiar a muchos.

Esa luz —decían después— era la verdad. Porque Juancito era un hombre que no mentía, que no escondía, que no disfrazaba. Su linterna nunca se apagaba porque no se alimentaba de aceite, sino de integridad.

Y así fue como el pueblo comprendió que la verdad, por pequeña que parezca, siempre ilumina el camino hacia lo justo.

La historia de Juancito revela algo esencial: la verdad no

necesita ser grande para ser poderosa. A veces basta una pequeña luz para que el camino se revele. Y quienes sostienen esa luz con honestidad son los que inspiran, guían y transforman.

La verdad es una linterna interior. Y cuando está encendida, ilumina no solo nuestro propio camino, sino también el de quienes caminan a nuestro lado. Por eso, vivir en la verdad no es un acto individual: es un acto comunitario. Es un servicio silencioso. Es una forma de amor.

Que este mensaje sea un recordatorio para nuestra comunidad, para nuestra familia espiritual, para cada uno de nosotros:

No permitamos que la oscuridad de la mentira, la duda o la injusticia nos aparte del camino que debemos transitar.

La verdad es luz. Y esa luz, si la seguimos, siempre nos conduce al lugar correcto.

No importa cuántas tormentas nos rodeen, cuántas voces nos confundan, cuántas sombras intenten detenernos. Mientras nuestra linterna interior permanezca encendida —mientras la verdad guíe nuestros pasos— la justicia será inevitable.

La Hermana Teresa nos dice hoy:

“Caminen, entonces, con valentía.

Caminen con integridad.

Caminen con la luz.

Caminen en verdad.

Porque donde hay verdad, hay justicia.

Y donde hay justicia, reina la paz.”

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

